

El Silencio de la Filosofía¹

Fernando Miranda
Licenciado en Filosofía Universidad Católica

Sólo gracias a aquellos sin esperanza nos es dada la esperanza. Walter Benjamin

Si por algo puede llamar últimamente la atención la filosofía en Chile, es por su ausencia: nada se escucha de ella, sus representantes, que los hay, no son consultados en los grandes ni en los pequeños debates. Nada parecen tener que decir y, en estos momentos en que Chile parece estar desesperadamente buscando una nueva forma de entenderse y de darse a entender, no son precisamente los filósofos quienes toman la palabra. Los estudiantes, los sociólogos, los historiadores y, por supuesto, los economistas y los políticos tienen muchísimo que decir. Pero ¿hemos escuchado algo de parte de los llamados a pensar en la tradición filosófica? Nada. Y cabe preguntarse el por qué y también qué importancia puede tener esa ausencia.

La Filosofía es una actividad peculiar, prueba de ello acaso puedan ser figuras tales como Sócrates, Hypatia, Boecio, Jan Hus, Giordano Bruno, Giovanni Gentile y Antonio Gramsci, por nombrar solo algunos. Todos ellos murieron por sus ideas y en defensa de lo que ellos consideraban correcto. No se puede ser filósofo como se es contador o ingeniero, en la simple tarea de pensar hay una necesidad de compromiso y de lealtad a lo que se cree que va mucho más allá de lo que un simple trabajo requiere. Es este acaso un dudoso honor que la Filosofía comparte con la religión, el arte y la gran política.

Filosofar no es solo cumplir con ciertas obligaciones contractuales, es relacionarse directamente con lo que cada cual entiende por la verdad en y entre los límites que la razón establezca. Es esta una clase de relación que crea deberes y exigencias, que hace del pensar filosófico algo que debe su lealtad a una tradición y no a una pura formalidad o a una relación de trabajo.

¿Por qué, entonces, hablamos de un silencio de la Filosofía? ¿Por qué los filósofos chilenos, suponiendo que existan, pues no basta tener un título, nada tienen que decir sobre la actual situación chilena?

El filósofo se convierte entonces en alguien que escribe para la academia y cuyo objetivo no es aproximarse tanto como le sea posible a la muy esquivada verdad, sino más bien acumular papers para su currículum. Se publican así textos llenos de citas como para garantizar que no hay ningún pensamiento o idea original, textos por demás incomprensibles para el común de los mortales, de manera que el filósofo se va

¹ Publicado el 16 de diciembre de 2014 en el Mostrador:: <http://www.elmostrador.cl/opinion/2014/12/16/el-silencio-de-la-filosofia/>

convirtiéndose en un irónico y despectivo lector de libros que habita en una solitaria torre de marfil desde la cual contempla el mundo con desdén. Y sin que a nadie le importe.

Con la Filosofía, creo, ha sucedido algo similar a lo que sucede con el arte y, tal vez desde mucho antes, ha sucedido con la religión: ante la dificultad de establecer los límites dentro de los cuales se es artista o filósofo, se ha querido hacer de estas actividades una profesión, vale decir, un trabajo como cualquier otro, en el cual lo esencial es cumplir con los requisitos formales. Así nos encontramos con rigurosas exigencias en cuanto a notas al pie de página, bibliografía, formato, etc., como si esto fuera lo esencial y olvidando, o ignorando, a grandes pensadores enemigos de la formalidad –Nietzsche, Wittgenstein, Cioran, por nombrar solo unos pocos–, el filósofo se convierte entonces en alguien que escribe para la academia y cuyo objetivo no es aproximarse tanto como le sea posible a la muy esquiva verdad, sino más bien acumular *papers* para su currículo. Se publican así textos llenos de citas como para garantizar que no hay ningún pensamiento o idea original, textos por demás incomprensibles para el común de los mortales, de manera que el filósofo se va convirtiendo en un irónico y despectivo lector de libros que habita en una solitaria torre de marfil desde la cual contempla el mundo con desdén. Y sin que a nadie le importe.

Pero no es esa la Filosofía que enseñó Simone Weil o a la que dedicó Gramsci sus once años de cárcel. Hoy Chile se encuentra en un momento de necesidad, tiempos de penuria, y esa es la Filosofía que se requiere, pero los que debieran asumir el rol están demasiado ocupados escribiendo sobre temas que más que filosóficos parecen filológicos, estudios increíblemente detallados sobre lo que dijo o quiso decir este o aquel pensador. Nos volvemos bizantinos estudiando hasta la última minucia como herederos involuntarios de otros tiempos en que sí se pensaba.

Cabría, entonces, pensar que, tal vez, la Filosofía sea simplemente innecesaria, un placer para diletantes o una suerte de trabajo arqueológico que, en vez de desarrollarse entre ruinas, se desarrolla entre libros. La especialización que parece extenderse por todas las ramas del saber podría estar llevando a que los problemas que enfrenta un país sean materia, efectivamente, solo de economistas y de políticos, a lo sumo historiadores y sociólogos. Nada tendrían que hacer o que decir los filósofos.

Pero la verdad es que todas esas ramas del saber solo se ocupan de sí mismas y solo tangencialmente tratan de las otras muchas posibilidades involucradas en todo proceso cultural de transformación.

Cuando los estudiantes protestan por una mejor educación en las calles de Chile, no lo hacen solo contra los abusos y el lucro; cuando los homosexuales demandan una mejor relación con la sociedad no lo hacen solo contra las actitudes prejuiciosas; cuando los trabajadores protestan contra las malas condiciones laborales no es solo por una reforma tributaria, sino por cambios que hablan de la clase de sociedad en que vivimos, una sociedad injusta, sin valores, sin solidaridad, y en que la democracia es apenas la formalidad de las votaciones en períodos regulares.

Y, ante estos temas, es la Filosofía la que debería estar llamada a orientar, a exponer, a proponer. Precisamente en estos momentos es cuando se la trata como un saber menor, en

muchos colegios se la elimina y en las universidades ha disminuido su matrícula. Es tiempo acaso de recordar que en la historia todas las grandes transformaciones se iniciaron con el trabajo de los pensadores y que son ellos los que deben lidiar con el proceso de creación de nuevas visiones de mundo, no porque sean iluminados de ningún tipo, sino simplemente porque ese es su trabajo.

Un trabajo que en Chile eluden, dedicados casi siempre a la cómoda elaboración de estudios llenos de citas y de exquisitez formal, pero con muy poco pensamiento. Sin el atrevimiento que debiera caracterizarlos.

La voz de los filósofos en Chile²

Pablo Contreras y Alfonso Pizarro

Licenciados en filosofía por la Universidad de Chile y estudiantes en el Magíster de Filosofía por la misma universidad. Miembros del grupo Conocimiento Colectivo.

Fue publicada, en este mismo medio, una columna de opinión titulada [‘El Silencio de la Filosofía’](#) por el filósofo Fernando Miranda. Si bien consideramos que la publicación puede ser valorada por abrir públicamente un debate que hasta ahora se encontraba —con suerte— encerrado en los pasillos universitarios, cuando no meramente reflejando en las pequeñas rencillas internas y silenciosas de los departamentos de filosofía. El tema en cuestión es respecto a la naturaleza de la disciplina y, tomando en cuenta esto, el lugar (entiéndase: su función) en la sociedad contemporánea. Si bien esto puede sonar como algo abstracto al punto de la irrelevancia, en realidad es un debate concreto respecto al trabajo intelectual de un número importante de profesionales en formación o ya trabajando en nuestro país.

A pesar de estar de acuerdo con lo necesario de la vinculación de los profesionales con los problemas sociales, en especial con las movilizaciones, nos es difícil encontrar puntos de acuerdo con la columna citada. Consideramos que el texto del señor Miranda exhibe lo que creemos representa el principal obstáculo para el desarrollo de la filosofía en Chile: una extraña mezcla entre un profundo complejo de inferioridad respecto a algunas cosas y un injustificado complejo de superioridad respecto a otras.

El grueso de la columna, el mentado “silencio” de la filosofía, tiene su fundamento en una valoración absolutamente exagerada y contraproducente de la filosofía respecto a su papel en la sociedad en su conjunto. En la columna, el señor Miranda constantemente pone en comparación a la filosofía con otras disciplinas. De las que menciona, podemos contar a la sociología, la economía y la historia. En todas las comparaciones, la filosofía sale evidentemente victoriosa: sin estar argumentado por qué, la filosofía se ocuparía de asuntos más importantes o más vitales que las otras, de manera tal que ponerla en su mismo nivel sería una violación a su integridad, su esencia y su historia. El autor llega tan lejos que afirma que las otras profesiones “sólo se ocupan de sí mismas” —lo cual, por lo bajo, es un error: hay bastante literatura que da cuentas de la amplia discusión respecto al objeto de estudio de cada una de éstas—, o que “no se puede ser filósofo como se es ingeniero o contador” evidenciando un soberbio sentimiento de superioridad por sobre las supuestamente mundanas e irrelevantes ocupaciones del resto de los mortales. Así, el filósofo y la filosofía se alzan por sobre el quehacer de los mortales comunes y corrientes. En ello vemos manifestado el profundo complejo de superioridad que caracteriza a gran parte de la reflexión filosófica en nuestro país.

² Publicado el 25 de diciembre de 2014 en El Mostrador: <http://www.elmostrador.cl/opinion/2014/12/25/la-voz-de-los-filosofos-en-chile/>

Todo lo anterior apunta a un hecho ineludible: tanto el complejo de inferioridad como el de superioridad no tienen base alguna en la realidad. La filosofía y el resto de las humanidades son disciplinas en las cuales trabajan profesionales, al igual que en la física, la ingeniería, la sociología, la medicina o la historia. Los filósofos y las filósofas no viven ni se alimentan solamente de reflexión: necesitan trabajar para poder sobrevivir y continuar escribiendo.

¿Qué tiene la filosofía que podría darle la característica tan especial como para no ser considerada como una profesión más? Aparentemente, provendría de que se ocupa de “aproximarse lo más posible a la esquivada verdad”. Pero, ¿qué razones habría para creer que físicos, ingenieros y antropólogos no estarían buscando tanto la verdad como el filósofo? O para formularlo de otra manera: ¿qué razones habría para creer que sólo los filósofos están llamados a encontrar la verdad, y no la totalidad de saberes y disciplinas de la sociedad? Y es que la filosofía también es parte del proceso de producción de conocimiento, no posee una esencia transmundana que la sitúe más cerca de la verdad. Creer lo contrario es simplemente un ejercicio de amor propio por la disciplina que, aunque entendible (y posible de encontrar en todas ellas), sólo refleja una autocomplacencia que es también responsable de la forma en que ha comenzado la columna, alegando que los filósofos “no son consultados en los grandes ni en los pequeños debates”. Esta última afirmación es tan irrelevante como es cierta. La verdad es que en un país con una democracia tan secuestrada por las élites como el nuestro, son muy pocos los que pueden participar de esos debates. Es imperativo que los filósofos participen sólo en tanto todos y todas deberíamos tener soberanía sobre los asuntos de la sociedad, y no porque sean capaces de entregar una mirada más verdadera, o más valiosa, que la del resto de los pobres mortales.

Por otra parte, el complejo de inferioridad que expresa su columna se encuentra en el tono despectivo con que trata el trabajo que cotidianamente realizamos los filósofos y las filósofas. Su crítica a quienes estudian y trabajan la filosofía hoy en nuestro país, a quienes incluso se resiste a denominar como “filósofos”, pasa por culparlos de supeditar la filosofía a relaciones contractuales, requisitos formales, o a la mera acumulación de *papers* para el *curriculum* “llenos de citas para garantizar que no hay ningún pensamiento o idea original”. Con esto, gran parte del trabajo filosófico realizado en Chile ni siquiera sería filosofía, sino una pérdida de tiempo y recursos. Por esto es que el complejo de superioridad va unido irremediablemente a un autoflagelante complejo de inferioridad: al ensalzar en extremo lo que imagina como la dignidad —siempre, obviamente, pasada y hace tiempo perdida— termina por ningunear la producción filosófica real y presente de la que él mismo forma parte. Más aún, al igual que con el complejo anterior, éste otro está completamente injustificado más allá de apelaciones a la tradición, la estética o criterios de evaluación irrealizables. Tan fantasiosa es su idea de lo que debería ser la filosofía en comparación con lo que es hoy, que olvida detalles tan importantes como que los filósofos que nombra, y otras grandes lumbreras del pasado, también estuvieron insertos en dinámicas modernas de trabajo académico. Tanto es así que, por ejemplo, Wittgenstein y Kant trabajaron gran parte de su vida como filósofos profesionales en universidades en los países donde vivieron. Deja afuera, también, ejemplos aún más claros de grandes filósofos que, asumidamente o no, estuvieron insertos en dinámicas modernas de producción filosófica y relaciones contractuales. La imagen de Heidegger como catedrático de la Universidad de Friburgo o de Bertrand Russell como un académico renombrado de la Universidad de Cambridge

serían condenables si hiciéramos caso de las elevadas exigencias con las que el señor Miranda propone tratar a la filosofía chilena del presente.

Todo lo anterior apunta a un hecho ineludible: tanto el complejo de inferioridad como el de superioridad no tienen base alguna en la realidad. La filosofía y el resto de las humanidades son disciplinas en las cuales trabajan profesionales, al igual que en la física, la ingeniería, la sociología, la medicina o la historia. Los filósofos y las filósofas no viven ni se alimentan solamente de reflexión: necesitan trabajar para poder sobrevivir y continuar escribiendo. Los pocos casos en que no fue así se debió a riquezas obtenidas por otros medios (por ejemplo, como Schopenhauer, una herencia millonaria) y con las que desgraciadamente no contamos. Además, igual que el resto de las disciplinas, la filosofía ha estado sometida a procesos de modernización en su modo de producción de conocimiento; y si bien este proceso en la actualidad ha implicado la adopción de criterios mercantilistas que deforman nuestra actividad, nuestro entrenamiento filosófico debería hacernos más capaces que nadie de darnos cuenta de que no es el cambio mismo el condenable.

Los once años de cárcel que pasó Antonio Gramsci en Italia sirven para ilustrar el punto central del argumento que presentamos contra la columna del señor Miranda. Gramsci no estuvo en la cárcel por ser filósofo, ni por una característica especial de la filosofía, sino por su papel como dirigente social y político de procesos transformadores en Italia. Más aún, es el mismo Gramsci el que propone que los intelectuales —y con ellos, muy especialmente, los filósofos— desempeñan su función y rompen su cómplice silencio justamente cuando abandonan la torre de marfil con la que intentan erigirse por sobre el resto y bajan a trabajar y luchar codo a codo con el resto de los mortales.

Sobre el silencio de la filosofía³

Arturo Ruiz

*... como
proletario pensante
descrito más arriba,
debo –si deseo seguir
dedicado a lo que quiero
hacer– cumplir con un
calendario burocrático
que, a estas alturas, ya
nadie sabe quién impuso.*

Acabo de terminar de leer con estupor y temblor la columna de mi colega Fernando Miranda “El Silencio de la Filosofía” y, tristemente, debo concordar con la grueso de lo que dice y, aunque tal vez podría extenderme sobre algunos detalles, no quisiera caer en discusiones bizantinas, pues ni la comunidad filosófica ni el país necesitan esa clase de debates. Sí quisiera completar el cuadro descrito por mi colega con un detalle que sería bueno que el público conociera y la comunidad académica recordara: los filósofos –en el más humilde sentido, es decir, los profesionales de la filosofía– somos personas. Este ser personas implica una serie de necesidades propias de la condición humana tales como comer, dormir (bajo techo), vestirse y aparearse, lo cual se traduce, en nuestra sociedad contemporánea, en pagar cuentas.

Terminada la licenciatura y una vez superada la etapa de ser mesero, vendedor de tienda o “emprendedor”, el filósofo accede a la bendición de una beca de posgrado, normalmente de la mano de CONICYT, que significa Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica, institución que, como podemos apreciar, no lleva la palabra ‘filosofía’ inscrita en ninguna parte de su nombre, pero, curiosamente, financia los estudios humanísticos, tal vez por la presión internacional y por el arribismo **de un país que quiere permanecer en la OCDE, aun siendo el país más periférico del grupo.**

Esta beca de posgrado suele devolverle algo de autoestima al filósofo, que, muchas veces a una edad ya avanzada, puede dejar de depender de la paciencia de sus padres o de su cónyuge y pasearse de nuevo por la misma facultad que le vio nacer, esta vez como estudiante profesional, esto es, pagado por el Estado. No tarda mucho tiempo nuestro héroe en darse cuenta de que este privilegio tiene una duración limitada, por lo que, si se trata de una beca de magíster, debe hacer méritos para una de doctorado y, si ya se encuentra en este punto, debe hacer pasantías docentes para quedarse como profesor ayudante ganando

³ Publicado en El Quinto Poder el 25 de diciembre de 2014: <http://www.elquintopoder.cl/sociedad/sobre-el-silencio-de-la-filosofia/>

una miseria, pero con la posibilidad de juntar otras miserias trabajando como profesor taxi en otras universidades, normalmente privadas.

Es por ello que nuestro abstracto protagonista necesita, luego de su primera beca, validarse para conseguir la segunda y luego seguirse validando para, si tiene suerte, llegar, cuando bordee los sesenta, a tener una plaza de profesor asistente en una universidad tradicional o en una privada decente, en la que por fin tendrá el sueldo de una persona adulta con menos de la mitad de los estudios y de los méritos académicos de él o ella. Así, el pensador se vuelve un burócrata del pensamiento, un sobreviviente que piensa para ganarse el pan, como el esclavo de Esperando a Godot.

En su recuerdo están los días como garzón o acaso la imposible misión de enseñar filosofía en algún colegio en el que los alumnos son analfabetos funcionales, por lo que no se puede sino pasar películas con algún contenido intelectual y esperar, muchas veces en vano, **que un montón de adolescentes, más pendientes de sus hormonas que de cuestiones metafísicas, piensen.**

Mientras, en el mundo real de la gente con empleos normales, el doctorado en filosofía no le da al filósofo el prestigio de un médico. Cuando la gente se entera de que tiene un médico enfrente suyo, aprovecha de hacer cualquier consulta gratis. Cuando hay un filósofo, normalmente no le preguntan nada y, como si fuera un árbitro de fútbol, le dicen cómo hacer su trabajo –“la sabiduría viene de Dios”, “la verdadera filosofía se aprende en la vida”, etcétera–. Al principio el profesional discute, pero pronto es considerado por todos como dogmático y aguafiestas.

Después de todo, la tarea de la filosofía es buscar algo así como la verdad, o sea, decirle a la gente que no existe el Viejo Pascuero y no dar esperanzas tiernas, como hacen la tele, la autoayuda y la religión. Así el filósofo pasa a ser un bicho raro parecido al Grinch, de quien se espera, en el mejor de los casos, que eduque, es decir, que supla todas las carencias del magro sistema escolar chileno, llevando su conversación a palabritas simples, muy parecidas a las que los filósofos de las cosas simples, como Arjona, usan para transmitir su sabiduría.

Finalmente nuestro héroe se encierra en la torre de marfil de su facultad, pues es el único lugar en donde alguien puede comprenderlo y, para sobrevivir allí, cumple con los objetivos burocráticos trazados por las universidades, que a su vez vienen dados por organismos del Estado que esperan productividad, es decir, que publiquemos muchos papers. Ese es el único mundo al que el filósofo tiene acceso. No puede darse el lujo de perderlo, no puede aventurar una tesis audaz, pues una mala nota le hará perder sus opciones a su próxima beca, al FONDECYT, o bien un artículo polémico le causará problemas para obtener esa plaza de profesor instructor que aumentará en algo sus ingresos de supervivencia –muy poco, si es que no los disminuye–. De esta forma, nuestro filósofo chileno proletario sí crece en erudición, qué duda cabe, pero, como dijo mi colega –cuyo diagnóstico no discuto, sino que complemento–, pierde todo el empuje y toda la fuerza que lo llevó al pre-grado alguna vez, cuando pudo desafiar, casi en todos los casos, a unos padres que soñaron con tener un hijo que hiciera algo útil para ganarse la vida.

Mientras, la sociedad chilena languidece de estupidez, la televisión abierta se encarga de aumentarla y el debate público decae cada vez más, pese a los chispazos de consciencia de clase que de vez en cuando sacan a marchar a la gente o crean una huelga en un supermercado. Mi respuesta personal, como profesional de la filosofía y como persona creativa, ha sido llevar esa crítica y esa creatividad a otros ámbitos, así, por ejemplo, ayudé a crear escribiendo una pieza de teoría crítica que todo Chile vio, aunque nadie supo que había pensamiento filosófico detrás de ella –me refiero al Allende de “Palta” Meléndez, en Viña 2007, del cual fui el autor principal–. Con menos difusión, pero paradójicamente con mayor entusiasmo, he publicado poesía, una novela y sigo trabajando en productos literarios, porque en la filosofía, como proletario pensante descrito más arriba, debo –si deseo seguir dedicado a lo que quiero hacer– cumplir con un calendario burocrático que, a estas alturas, ya nadie sabe quién impuso.

El Stultus y la Filosofía Pública⁴

Ignacio Moya Arriagada

M.A. en filosofía, columnista, académico

Permítanme partir por una breve descripción de nuestra sociedad: la mayoría valora y premia la inmediatez, la rapidez, el consumo, la cuantificación, la medición, la pronta respuesta, la rápida decisión y la solución instantánea. Es tarea de los políticos diseñar propuestas públicas que cumplan con estas exigencias. Y es tarea de los analistas evaluar dichas propuestas. Es decir, el espacio público está copado, por un lado, con soluciones cortoplacistas e inmediatas y, por otro, por los que analizan y discuten la eficacia de dichas soluciones. El debate público, por lo tanto, sigue la siguiente lógica: aparece un problema (por ejemplo, educación pública). Se estudia el problema. Se mide. Se cuantifica. Con los datos adquiridos, el político propone solución A. El analista evalúa y critica solución A. El público sigue este “debate público”, y toma su decisión a favor o en contra de A.

¿Debe entrar el filósofo en ese “debate público”? No. La tarea del filósofo es anterior a ese debate y es más fundamental. Es decir, más que evaluar la conveniencia de tal o cual propuesta, el filósofo lo que hace es cuestionar y preguntarse acerca del problema que da origen a la propuesta. Por ejemplo, si hablamos de educación, ¿para qué existe? ¿Cuál es su relación con el resto de la sociedad? ¿Qué función debería cumplir? Esta línea de preguntas, inevitablemente, lleva al filósofo a hacerse otras preguntas. ¿La educación está para crear personas serviles a la sociedad o está para crear personas cuestionadoras? ¿Se estudia para adquirir una “profesión” o se estudia para crecer y desarrollarse como persona? ¿Qué es “calidad”? ¿Quién lo determina?

Entonces, el stultus moderno es aquel sujeto al que no le importa y no sabe lo que quiere, no sabe lo que le conviene o lo que realmente le interesa. Se deja llevar por la publicidad, la farándula y por todo lo que los medios de comunicación le muestran en la televisión.

De todas las posibles respuestas a estas interrogantes, ninguna de ellas es cuantificable o rápidamente reducible a fórmulas sencillas. La respuesta puede efectivamente ser simple, pero esa respuesta simple sólo aparece después de un largo proceso de deliberación y discusión. Entonces, cuando afirmo que la ausencia de filósofos en el debate público se debe al tipo de sociedad que tenemos, lo que estoy diciendo es que nuestra sociedad no está diseñada para el debate filosófico. Esta es una sociedad habitada en su gran mayoría por el *stultus*. El *stultus* es aquel que se deja llevar por las impresiones externas, que no recuerda

⁴ Publicado en El Mostrador el 2 de enero de 2015: <http://www.elmostrador.cl/pais/2015/01/02/el-stultus-y-la-filosofia-publica/>

(y por lo tanto no planifica para el futuro), que no percibe la unidad de su vida y que carece de voluntad (para una discusión más detallada del *stultus* hay que ver a Séneca y Foucault).

Entonces, el *stultus* moderno es aquel sujeto al que no le importa y no sabe lo que quiere, no sabe lo que le conviene o lo que realmente le interesa. Se deja llevar por la publicidad, la farándula y por todo lo que los medios de comunicación le muestran en la televisión. Y lo que la publicidad, la farándula y la televisión siempre ofrecen son respuestas fáciles para problemas que ya vienen cuantificados de antemano por otros (el problema es el x número de colegios que reprueban el Simce, etc.). Ante este escenario social, es el filósofo el que aparece una y otra vez con su persistencia para preguntarnos, ¿pero por qué hablamos de Simce?, ¿por qué medimos la educación de esta manera?, ¿a quién le importa?, ¿a quién le conviene cuantificar la educación? Pero, lamentablemente, pocos tienen el tiempo o el interés por buscar las respuestas a esas preguntas. Al *stultus* sólo le interesan los temas que los demás discuten. Es por eso que, cuando llega el filósofo, muchos simplemente no le tienen paciencia.

No quiero con esto decir que no pueda haber debate público con filósofos (de hecho, sí hay debates y cuando se dan son casi siempre de alto nivel). Es sólo que debemos reconocer que es difícil hacerlo y los filósofos tenemos que abrirnos el espacio público con fuerza y persistencia. Debemos insistir en ir más allá de las preguntas y respuestas *ready-made* que siempre llenan el espacio público. Por todo esto, es un error pensar que la ausencia de filósofos en el debate público se debe fundamentalmente a alguna carencia de parte nuestra (lo que no implica que no tengamos una autocrítica que hacernos). Lo que ocurre es que los filósofos tenemos que luchar el doble por ganarnos un espacio, ese mismo espacio que los otros analistas públicos, por defecto, ya tienen ganado de antemano.

Sobre el silencio de la filosofía⁵

Patricio Domínguez
Profesor de filosofía

La columna publicada en este medio de Fernando Miranda generó cierto debate en la prensa virtual. Miranda se queja de que la filosofía, cuya vocación es “relacionarse directamente con la verdad”, se haya transformado en una disciplina irrelevante, en una especie de oficio desconectado de la realidad, egocéntrico y academicista. La columna de Miranda ha recibido al menos dos ataques: por un lado, Contreras y Pizarro sostienen que el concepto de filosofía de Miranda adolece de un “complejo de superioridad” y de “autocomplacencia”. Según Contreras y Pizarro, la filosofía tiene que bajar de las nubes de la superioridad, asumir la modernización en los procesos y dejar de pensarse a sí misma como una ciencia superior, sino una más dentro del conjunto de saberes que “producen conocimiento”. Por otro lado, Placencia también llama la atención sobre la conciencia infundada de superioridad que destila la columna de Miranda y llama la atención acerca de que la profesionalización de la filosofía en Chile, que viene ocurriendo hace pocas décadas, se sigue del carácter científico de la filosofía: si la filosofía es una *disciplina* y no una forma meramente subjetiva de acercarse a la verdad, entonces ésta tiene que estar reglada por patrones intersubjetivos, de suerte que el conocimiento obtenido por la filosofía sea comunicable, replicable y (el anglicismo no es mío) “testable” por la comunidad de filósofos.

La columna de Miranda me parece mala, pero por un motivo que ni Pizarro-Contreras ni Placencia critican. Cuando Miranda habla de la filosofía como de un saber relevante (y en esto Pizarro-Contreras lo secundan), sospecho que se está refiriendo a que la filosofía tiene que ser una disciplina al servicio de la transformación social en el sentido de la famosa tesis de Marx sobre Feuerbach: la filosofía tiene que transformar el mundo, no contemplarlo. Lo que quiere Miranda es que los profesores de filosofía dejen de escribir artículos bizantinos indizados, llenos de citas ininteligibles, para vincularse con las movilizaciones sociales (¿el “no al lucro”?) y ser una voz preponderante en la construcción de un Chile mejor o algo por el estilo. En resumidas cuentas, a Miranda le gustaría que los profesores de filosofía se transformaran en figuras como Mayol, es decir, en “intelectuales orgánicos”, que de intelectuales tienen poco.

Por lo demás, las disciplinas no pueden ser motejadas de ‘humildes’ o ‘arrogantes’; sólo las personas pueden serlo. Un filósofo profesional puede ser arrogante, como también lo puede ser un peluquero o una actriz de telenovelas. Un catedrático universitario puede ser flojo y pedante, pero no precisamente por pensar que la filosofía, o la metafísica, es la “ciencia rectora”, sino por un problema moral de otra índole.

⁵ Publicado en El Mostrador el 3 de enero de 2015: <http://www.elmostrador.cl/opinion/2015/01/03/sobre-el-silencio-de-la-filosofia-3/>

Pero pese a eso, quiero defender la columna de Miranda, porque creo que en ella se encuentra latente una concepción de la filosofía más cierta e interesante que en la de sus contradictores. En primer lugar, creo que la valoración de Miranda de la filosofía no es exagerada ni adolece de un “complejo de superioridad”. Si dentro de todas las cuestiones que se pueden plantear los seres humanos, hay preguntas más importantes que otras, entonces ¿qué impide que la disciplina que se ocupe de esas cuestiones sea más importante? A mi juicio, no se trata ni de soberbia ni de exageración, sino simplemente de la constatación de un hecho. Si la pregunta por la muerte, la existencia de un ser superior, la posibilidad de alcanzar la verdad, etc., son preguntas más relevantes para el género humano que la composición química del cobre o el funcionamiento de los tendones, por cuanto las primeras apuntan a darles *sentido* a las segundas (y no viceversa), entonces la disciplina que se ocupe de esas cuestiones (la filosofía) será más importante y superior a éstas. Por lo demás, las disciplinas no pueden ser motejadas de ‘humildes’ o ‘arrogantes’; sólo las personas pueden serlo. Un filósofo profesional puede ser arrogante, como también lo puede ser un peluquero o una actriz de telenovelas. Un catedrático universitario puede ser flojo y pedante, pero no precisamente por pensar que la filosofía, o la metafísica, es la “ciencia rectora”, sino por un problema moral de otra índole.

Otro hecho que muestra el carácter especial y rector de la filosofía con respecto a otras disciplinas es que las demás disciplinas desembocan inevitablemente en preguntas filosóficas. Si el físico se plantea cuestiones fundamentales en su quehacer, tales como ¿qué es la materia? o ¿por qué existe el mundo?, abandona el campo propio de la física y se pone a filosofar. Lo mismo el sociólogo o el abogado, cuando empiezan a preguntarse por los fundamentos de sus respectivas disciplinas (¿qué es la justicia?; ¿qué es la sociedad?). No veo por qué habría un problema en llamar “fundamental” a un saber que se ocupe de las cuestiones fundamentales.

A Placencia le molesta que Miranda mire con malos ojos la profesionalización de la filosofía en Chile, esto es, el trabajo sistemático y el sometimiento a estándares de publicación compartidos con otras disciplinas. La crítica de Miranda es un tanto maniquea, y en ese sentido Placencia tiene razón en no dejarse engañar por una nostalgia de la filosofía chilena de los años 50 o 60. No obstante, me parece que el lenguaje de Placencia está configurado según criterios que pueden ser ajenos a la filosofía. En primer lugar, se habla de “generar conocimiento”; se habla de “insumos epistémicos”, “tests” y “re-ejecución de conocimiento”. ¿Mero disenso estético? No lo creo. El conocimiento de las ciencias positivas, cuyos resultados pueden ser re-ejecutados y “testeados”, ¿es un criterio que se pueda aplicar al conocimiento filosófico? ¿No está permeado el lenguaje de Placencia de los criterios de la producción y no de la teoría? Si es así, entonces tenemos que entrar a discutir qué entendemos filosóficamente por quehacer filosófico. La discusión está abierta (y si es genuinamente filosófica, eternamente abierta, porque la filosofía como tal ¿puede avanzar como las demás disciplinas “testeables”?).

Si la filosofía tiene que habérselas con cuestiones vitales y relevantes, y por ello mismo, oscuras y misteriosas, parece que más vale pensar, con Platón, que ésta no enfrenta sus cuestiones como las demás disciplinas, y que su mejor método (una especie de antimétodo) es intimar largamente con el problema, y esperar a que la luz suelte la chispa.

¿Silencio de la filosofía?⁶

Felipe Ruiz
Periodista. Candidato a Doctor en Filosofía.

Abierto al *polemos* suscitado por el artículo de Fernando Miranda “El silencio de la filosofía” y a la crítica-comentario del profesor Patricio Domínguez, quisiera aquí brevemente deslizar mi parecer como observador, pero no por eso menos interesado, de lo que el cruce de ambos textos me parece sugerir como problemática esencial de esta disciplina.

Lo que Patricio Domínguez plantea en su artículo es en sí un problema viejo sobre el “estatuto” de la filosofía como disciplina universitaria. En rigor, y en los hechos, para las mallas curriculares de las carreras humanistas, la filosofía no es otra cosa que epistemología. Esta verdad, por más dura que parezca, le ha permitido al pensamiento filosófico tener un espacio en las universidades pese a la tendencia a la tecnificación y especialización de los saberes.

No querer aceptar el humilde lugar epistemológico que ofrece a la filosofía el aula humanista, abrigando una vana esperanza por resituarla en algún lugar superior en el ágora, es no entender que el valor de la libertad de pensar posee un costo en una sociedad que niega el librepensamiento por esencia, que lo persigue, lo acosa y lo fustiga para hacerlo desaparecer. A mi modo de ver, la existencia de librepensadores aún, en un mundo como el de hoy, es una recompensa que va más allá de cualquier pérdida o sueño de patrias perdidas.

En otras palabras, el sustento de las ciencias humanas en su basamento no puede –por lógica– proceder de una ciencia misma. Debe apelar a un fundamento último –un *arjé*– que en casi todas las carreras responde al saber filosófico casi por derecho. Ahora bien, en el caso de la enseñanza de la filosofía misma, ésta responde a un conjunto de “materias” que, como con alarmante claridad indica Domínguez, resisten con fragilidad su estatuto epistemológico. Esto no ocurre solo en estas latitudes. Conocida es la polémica que a fines de los años 80 sostuvo en Francia Alain Badiou en su *Manifiesto por la filosofía*. Sucintamente, Badiou plantea que el nudo que desde principios del siglo XX aunó a la filosofía con la poesía, respondía al viejo tema de fundir en un solo relato el texto homérico (el *epos*), y liberar a la filosofía de sí misma, de su nihilismo herido y convaleciente. En consecuencia, la filosofía debía retornar al camino de la lógica y la matemática (matema) y abandonar la aventura poética (mitema).

⁶ Publicado en El Mostrador el 7 de enero de 2015: <http://www.elmostrador.cl/opinion/2015/01/07/silencio-de-la-filosofia/>

En este breve resumen, se sintetiza que la “fragilidad” de la filosofía como disciplina universitaria no es externa al saber mismo que ella promulga. Como es sabido, a lo largo de su historia muchos pensadores, como Nietzsche, Hegel o Heidegger han intentado “acabar” con la filosofía para adelantarse a un nuevo y mejor tipo de “pensamiento”. Todos intentos fallidos, por cierto.

La postura de Miranda deja entrever que el problema de la filosofía pareciera emanar de condiciones externas a ellas, del rendimiento del capitalismo, o la cultura de la eficiencia que termina por socavar el anhelo (y la paciencia) de pensar. No obstante, victimizar a la filosofía es no ver en ella su constante “pasión” por desprenderse de sí, por erradicar sus miedos congénitos o, bien, encerrarse en una torre de marfil dariana.

No querer aceptar el humilde lugar epistemológico que ofrece a la filosofía el aula humanista, abrigando una vana esperanza por resituarla en algún lugar superior en el ágora, es no entender que el valor de la libertad de pensar posee un costo en una sociedad que niega el librepensamiento por esencia, que lo persigue, lo acosa y lo fustiga para hacerlo desaparecer. A mi modo de ver, la existencia de librepensadores aún, en un mundo como el de hoy, es una recompensa que va más allá de cualquier pérdida o sueño de patrias perdidas.

La banalidad de la filosofía⁷

Hans Frex

Licenciado en Filosofía. Alumno del programa Magíster en Teoría e Historia del Arte de la Universidad de Chile.

Fernando Miranda, en su columna “El silencio de la filosofía”, publicada el 16 de diciembre en este medio de prensa, sostiene que dentro del actual debate sobre la educación, la filosofía permanece silente. La causa de su silencio la atribuye a la excesiva formalidad que exige su producción académica, cuyo destinatario no es otro que la misma academia. El llamado de las ideas para transformar a la sociedad es ahogado en el círculo vicioso de una academia indolente que se preocupa únicamente de sí misma. Distintas respuestas se han suscitado desde entonces.

Sin embargo, el diagnóstico de la crisis de la filosofía fue realizado por Platón hace más de dos milenios, atraviesa toda su historia y es mantenido en el siglo XIX por Nietzsche, cuando escribe: “En efecto, el epitafio sobre la tumba de la filosofía universitaria debería decir lo siguiente: ‘No entristeció a nadie’”. Me parece pertinente señalar que la filosofía no se puede conformar con este diagnóstico, sino que debe dar un paso previo para cuestionarse por las condiciones que posibilitan el ejercicio filosófico en Chile hoy, suponiendo que exista una filosofía chilena, para que ésta pueda decir algo de cara a la discusión política sobre educación.

La filosofía chilena es, como toda clasificación, un corte epistémico organizado a partir de cierta regularidad atribuida a una tradición, sea oral y/o escrita, que permite recorrer las distintas líneas de su génesis y herencia. La constatación de su ausencia radica en que no existe ninguna carrera de Filosofía a nivel nacional que imparta en su malla curricular un curso de Filosofía chilena, como sí se imparte, en cambio, arte o literatura chilena en las carreras de Literatura o Arte. Ante la ausencia de una tradición filosófica local resulta más conveniente, parafraseando a Aristóteles, ser amigo de la autoridad que ser amigo de la verdad.

Desde su nacimiento, la filosofía se debatió entre el libre comercio con la política, que promocionaron los retóricos, y el conocimiento ascético del sabio, que abandona el mundo de la opinión a favor de la contemplación pura de la idea. La Academia, que fundara Platón hacia el 388 A.C. en Atenas, es impulsora de esta segunda visión. La polémica sostenida por Platón contra los retóricos, adopta un rechazo respecto a la política que supera únicamente a costa de su supresión. Esta conducta rigió a la filosofía durante prácticamente toda su historia.

En los albores de la política moderna, el proyecto ilustrado le exigió a la filosofía de Kant un giro respecto a su condición original, para volverse crítica. Crítica significa el análisis de

⁷ Publicado en El Mostrador el 9 de enero de 2015: <http://www.elmostrador.cl/opinion/2015/01/09/la-banalidad-de-la-filosofia/>

las condiciones de posibilidad de un fenómeno, previo a su estudio. La filosofía kantiana se enfrenta críticamente no sólo ante su objeto, las ideas de la razón, sino también ante la sociedad de su tiempo, dando voz a la promesa ilustrada de liberar al hombre de las cadenas de la autoridad y la fe, cuando señala en su definición ya clásica de Ilustración: “*La Ilustración es la salida del hombre de su autoculpable minoría de edad.*” Cuyo lema es: “*Sapere aude!* ‘¡Ten el valor de servirte de tu propio entendimiento!’”. La Ilustración le abre las puertas a la filosofía para que entre a la historia y la política, no como espectadora abstracta, sino como crítica y partícipe de ellas.

Que estas dos articulaciones determinantes entre filosofía y academia estén marcadas por climas de auge y consolidación de la democracia –salvando las diferencias irreductibles entre una y otra–, algo nos dice respecto a la relación entre filosofía y política. Y es que la luz del espacio público, en que aparecen y se debaten las ideas políticas de los ciudadanos o sus representantes, es la condición de posibilidad para que aparezcan, circulen y se debatan libremente las ideas filosóficas. La ausencia de esta condición coarta los legítimos derechos de la filosofía a favor del interés particular de quienes la reprimen o se benefician de esa condición.

El hecho de que el Estado chileno haya abandonado su deber de resguardar y promover los derechos civiles fundamentales y con ello las universidades públicas, que son las instituciones donde se desarrolla la filosofía disciplinar, no sean financiadas por el Estado, sino mayormente por su alumnado, actuando administrativamente como instituciones públicas –a favor del aporte directo que reciben–, pero económicamente como entidades privadas, impide el ejercicio transparente y libre de la filosofía, sofocada por el clientelismo y distintos tipos de vicios formales y administrativos. La chata mediocridad de un medio tan reducido se ve compensada por el fulgor de grandes profesores que iluminan la noche oscura de la filosofía chilena. Pero habría que decir, para ser más precisos, que en Chile sólo hay filósofos, no filosofía.

La filosofía chilena es, como toda clasificación, un corte epistémico organizado a partir de cierta regularidad atribuida a una tradición, sea oral y/o escrita, que permite recorrer las distintas líneas de su génesis y herencia. La constatación de su ausencia radica en que no existe ninguna carrera de Filosofía a nivel nacional que imparta en su malla curricular un curso de Filosofía chilena, como sí se imparte, en cambio, arte o literatura chilena en las carreras de Literatura o Arte. Ante la ausencia de una tradición filosófica local resulta más conveniente, parafraseando a Aristóteles, ser amigo de la autoridad que ser amigo de la verdad. Recuerdo que, en una conferencia, Giannini dijo que “en Chile no hay filosofía porque nadie se lee entre sí”. Su reciente fallecimiento debiera ser el aliciente para reflexionar sobre el conjunto de su legado y la posición de la academia respecto al debate político, del que él fue partícipe.

En un país donde todo es privado, incluyendo la educación superior estatal, que es donde se ejerce la filosofía, ésta no tiene nada que decir sobre la educación o política de dicho país, dado que no están las condiciones suficientes para el surgimiento de las ideas, su libre tránsito y debate. Allí donde lo público carece de valor, la filosofía está condenada a la banalidad.

Observaciones a dos artículos sobre el Silencio de la Filosofía⁸

Fernando Fuica G.
Profesor de Filosofía Universidad de Concepción

Leyendo con detención dos artículos aparecidos durante el mes de diciembre en **El Mostrador**, titulados “El silencio de la Filosofía” (Fernando Miranda) y “Sobre el silencio de la Filosofía” (Arturo Ruiz Ortega), me permito compartir con ustedes algunas observaciones críticas, las cuales paso a detallar. Tomamos como un todo los dos artículos con una finalidad puramente operacional.

En primer lugar, destacamos la ausencia de preguntas y de propuestas frente al diagnóstico que describen, ausencia que no se condice con un texto elaborado por Licenciados en Filosofía, tal como ellos se presentan. Lo anterior se destaca en el contexto crítico en que presentan su opinión, lo cual amerita por sí solo la necesidad de este planteamiento.

Encontramos en los artículos casi una caricatura del Profesional de la Filosofía, descripción superficial que no explica o medita el por qué y para qué se estudia Filosofía, es decir, las motivaciones ya sean vocacionales, intelectuales o de búsqueda de fundamentos que caracterizan a aquellos alumnos de pregrado que postularon a la carrera de Filosofía, bien descartando a otras o como parte de un abanico de posibilidades. Son múltiples y diversos los supuestos y respaldos que los (nos) llevaron a estudiar esta disciplina.

Al momento de describir el perfil del profesional de la Filosofía, se propone finalmente un paradigma de contrastación laboral consistente con el modelo de sociedad imperante como un punto a llegar por parte de estos Licenciados, es decir, un profesional que sea reconocido socialmente, tanto en su importancia como en su rol. Nos preguntamos en este punto: ¿ha existido este reconocimiento social hacia la Filosofía como disciplina en otros períodos de nuestra historia?

Al momento de describir el perfil del profesional de la Filosofía, se propone finalmente un paradigma de contrastación laboral consistente con el modelo de sociedad imperante como un punto a llegar por parte de estos Licenciados, es decir, un profesional que sea reconocido socialmente, tanto en su importancia como en su rol. Nos preguntamos en este punto: ¿ha existido este reconocimiento social hacia la Filosofía como disciplina en otros períodos de nuestra historia? ¿Esta legitimación no debiera ser finalmente el resultado del propio ejercicio profesional de los Profesores de Filosofía en su día a día?

Se percibe por parte de nuestros autores (y de todos nosotros) la necesidad de actualización permanente de las lecturas o *papers* que remiten a los temas que, según los autores, no se están reflexionando. En algunos de estos *papers* se destaca, entre otros temas, la

⁸ Publicado en El Mostrador el 16 de enero de 2015: <http://www.elmostrador.cl/opinion/2015/01/16/observaciones-a-dos-articulos-sobre-el-silencio-de-la-filosofia/>

importancia de la enseñanza de la Filosofía en la Educación Secundaria, frente a lo cual los autores sólo mencionan su ausencia curricular, que es una realidad, y una queja respecto del nivel intelectual de las nuevas generaciones, omitiendo el desafío metodológico que implica el actual estado de cosas para los Profesores, los cuales debieran ser capaces de elaborar estrategias de enseñanza que reconozcan las actuales características del alumno de 3° y 4° Medio. La “dignidad” de la asignatura depende del empoderamiento de los profesionales de la educación que están día a día en el aula. El argumento anterior es válido tanto para el profesor de Liceo o Colegio, como para el Licenciado que hace clases en Educación Superior, corriendo de allá para acá, pero exigido de igual manera en tanto que Profesional. Los cuestionados *papers* a los que se refieren los autores son los que terminan finalmente por reflexionar sobre temas como la Educación, importancia de la Filosofía en el currículum escolar, formación en valores, epistemología de las virtudes, entre otros temas. ¿Qué alternativa hay a la producción de textos en el contexto de las exigencias formales y epistemológicas que exigen los editores de revistas llamadas científicas?

Finalmente, quiero destacar la omisión de los autores respecto del aporte que los filósofos tradicionales chilenos como Giannini, Holzapfel o Acevedo han realizado sobre temas de Filosofía clásica, reflexión que tiene plena vigencia si se lee con atención buscando su contrastación con los temas relevantes que, al decir de los autores, no han sido pensados. Importante en este punto es el aporte que, por ejemplo, Jorge Acevedo hace en el horizonte del pensamiento de Heidegger sobre el peligro de la técnica como único modelo a alcanzar como sociedad “moderna”. De más está destacar las meditaciones de Humberto Giannini sobre convivencia y ética. A lo anterior hay que agregar el diálogo permanente entre Filosofía y Lingüística, Filosofía y Ciencias de la Vida, Filosofía y Matemática y un largo etcétera. En este contexto no hay referencia a los permanentes encuentros formales de los Profesionales de la Filosofía realizados en Chile en los más variados temas, desde Congresos, Seminarios o Coloquios, instancias que posibilitan un encuentro creador sobre temas diversos, en el caso de algunas de estas instancias, o de temáticas específicas en otras. Este diálogo e intercambio de ideas tiene también un espacio de encuentro no formal, ya sea a través de la reflexión filosófica permanente a un nivel individual o del diálogo con otros profesionales de la misma área, con profesionales de otras áreas o simplemente con las personas que conforman nuestro entorno familiar, laboral y social, quienes sí esperan de la Filosofía una voz lúcida y fundada. Este encuentro no formal se plantea como un desafío para quienes nos desenvolvemos en este espacio

Resulta interesante plantearse preguntas acerca de cómo logramos esta vinculación Filosofía-Sociedad, la importancia de su aporte eidético en los temas actuales, no sólo sobre Educación y Política, sino también en Economía y Salud. En este contexto valoramos el aporte al debate realizado por ambos autores, y esperamos haber contribuido también a poder situar la discusión con mayores elementos. El “sacrificio” del Filósofo al que se hace mención es una variable reconocida e incluso asumida desde el momento en que se opta por estos estudios. Un recordado y querido profesor de la Universidad de Concepción nos decía que la Filosofía “nunca ha sido pasión de multitudes” sino que se asemeja más bien al buscador de oro, el cual tras largas horas de trabajo termina el día tan sólo con algunos gramos de tan preciado metal. ¿Hay realmente un silencio de la filosofía o más bien hay que preguntarnos sobre nuestra voluntad y capacidad para ver y oír?